

XXI. CASTIDAD

29 de Noviembre de 1984

Muy queridos todos en SM:

Pocas veces he escuchado hablar o he leído algo sobre la castidad sin que el tema estuviese teñido al menos de un cierto moralismo exhortativo. Mi reacción espontánea era, y aún casi lo es, pronunciar un ¡bah! y pasar a otra cosa. Sin temor a equivocarme, considero no poseer el monopolio de esta experiencia de fastidio...

Me sucedió todo lo contrario, aunque no muchas veces, cuando la exposición sobre la castidad descansaba *sobre una concepción integral del hombre*.

Y aquí me encuentro hoy a punto de escribirles algunos párrafos sobre la *castidad*. Lo hago con cierto temor, pues presiento prejuicios. No obstante, si los de ustedes son parecidos a los míos, hay posibilidades de que pueda evitar la incomunicación. Ya me lo dirán.

Comenzaré con algunos principios básicos acerca de la sexualidad humana; me atreveré luego a decir algo sobre el pudor, como introducción al tema que nos ocupa; tengo intención de concluir con algunas sugerencias prácticas, destinadas a favorecer la integración personal mediante la virtud de la castidad.

Sexualidad de la persona humana

En consecuencia con lo propuesto, el primer interrogante por elucidar es éste: ¿qué nos enseñan la ciencia y la experiencia sobre la *sexualidad humana*? Siéndome imposible decirles mucho, me contento con lo poco que a continuación sigue.

La sexualidad es como un dinamismo difuso y operante en todo nuestro ser; impregna todas nuestras facultades y actividades. El hombre –varón y mujer–, más que “tener un sexo”, es un *ser sexuado*. Esta afirmación es clave; se la explico para que no se les escape: la sexualidad es una condición fundamental de nuestras vidas personales; ella configura nuestro ser, estar y obrar como personas humanas; nuestro pensar, querer, sentir, el mismo creer, amar y esperar se expresan según una forma de individualización sexuada (cf. Sagrada Congregación para la doctrina de la Fe, *Persona humana*, 1).

La consecuencia inmediata de lo recién dicho es obvia: la sexualidad no es equivalente a la genitalidad. Si bien todos los fenómenos genitales son sexuales, no todos los fenómenos sexuales son genitales. La sexualidad no se reduce a la genitalidad. Nuestra condición sexuada es mucho más amplia que nuestra dimensión genital. Lo sexuado se refiere a la configuración masculina o femenina de nuestro ser personal, y a la orientación propia del varón hacia la mujer y de ésta hacia aquél.

Masculino – femenino

A fin de comprender mejor lo que significa ser varón y ser mujer, conviene profundizar en el sentido de la *masculinidad* y de la *femineidad*.

La psicología moderna descubre disposiciones sexuadas en el hombre que van más allá de lo físico. En la misma psique de cada uno de nosotros existen estructuras o fuentes energéticas sexuadas. A falta de mejor nombre, las podemos llamar “lo masculino” y “lo femenino”, o, como lo hace cierta escuela psicológica, *ánimus* y *ánima*.

Lo masculino se caracteriza por su capacidad emisiva o expresiva y su poder de afirmación y creatividad. Lo femenino, a su vez, se distingue por su capacidad receptiva o de acogida y su poder de ornamentación. Podemos también distinguir otros contenidos, funcionales y simbólicos, a modo de objetivaciones de la energía vital y personal sexualmente diferenciada, a saber:

LO MASCULINO

- Proyección hacia el futuro: movimiento, la adquisición, conquista y entrega activa.
- Objetividad y razón: veracidad, generalización, distinción y separación, orientación hacia las cosas.
- Trascendencia.
- Soledad solidaria...
- Cielo, día, sol, claridad, altura exterioridad.

LO FEMENINO

- Añoranza del pasado: reposo, conservación, conquista y entrega pasiva.
- Subjetividad y sentimiento: misericordia, concreción, totalidad e integración, orientación hacia las personas.
- Inmanencia.
- Solidaria soledad...
- Tierra, noche, luna, oscuridad, profundidad, interioridad.

Y los contenidos se podrían multiplicar. Bástenos recordar que lo masculino y lo femenino son fuentes de energía sexuada en todas las dimensiones de nuestro ser; son las energías emisiva y receptiva de nuestra dimensión espiritual, psíquica y biológica.

Complementariedad sexual

Ahora bien, lo primero que se desprende de aquello recién afirmado es lo siguiente: el varón no agota en su concreción subjetiva la masculinidad; ésta se encuentra también en la mujer. La mujer, a su vez, no posee con exclusividad la femineidad, la comparte con el varón. Cada uno posee el todo, pero no en la misma proporción ni en idéntica forma; el varón y la mujer son seres relativamente completos y la totalidad de cada uno de ellos demanda reciprocidad y complementación.

Y no debemos olvidar una segunda consecuencia de igual importancia que la primera: el proceso de personalización exige el diálogo interior entre lo masculino y lo femenino, y lo femenino y masculino en cada hombre-varón y en cada hombre-mujer, respectivamente. Pero, atención, este diálogo no es sólo interior, sino también exterior y relacional: con el ser diferentemente sexuado que está frente a mí. Esto hace del varón y la mujer seres recíprocamente abiertos, que van siendo personas, mediante el mutuo dialogar.

Claro está que este diálogo interior y exterior puede entorpecerse por polarizaciones y acentuaciones exageradas. ¿Quién de nosotros no ha encontrado alguna vez varones que parecen luces que congelan y mujeres cálidas que ensombrecen...? La experiencia también enseña que el machista y la seductora no pueden percibir al otro en cuanto persona y, por lo tanto, son incapaces de amistad heterosexual.

Los diferentes grupos humanos y sociedades encarnan de las más variadas maneras el aspecto masculino y femenino de su humanidad. En nuestra cultura occidental, la mujer explícita y corporiza lo femenino que está implícito en el varón. Al encontrarse el varón con la mujer, encuentra manifiestamente los rasgos femeninos de su propia personalidad; la mujer, a su vez, encuentra realizadas en el varón las notas masculinas implícitas en sí misma.

Quizás a alguno de ustedes todo esto de lo masculino y lo femenino pueda parecerles palabrería vacía de contenido y realidad. Puedo asegurarles que la realidad es tal, que no hay palabra que le convenga y exprese. Lean el relato de la anunciación-visitación o contemplen el autorretrato que nos dejó la Guadalupana, y constatarán la armónica integración entre lo masculino y lo femenino que se da en María, mujer nueva y renovadora. Y ¿qué decir de José, el joven que recibió a María como esposa suya, sin tener con ella relaciones?

El amor, peso del ser

Si bien el *amor* es un misterio que sobrepasa nuestra comprensión, me propongo ahora decirles algo comprensible sobre él. ¡Incluso de mí!

Ante todo, qué entiendo cuando digo amor. Fundamentalmente esto: el amor es una actitud y una opción que, sacándonos de los límites de nosotros mismos, nos permite entrar en el corazón de la persona amada y afirmarla como única e irrepetible. Sin esta afirmación, sin este sí a la bondad y existencia del otro, no hay verdadero amor (cf. Gén. 1:31).

¿Cuál es el contenido de este sí que afirma al otro y lo hace hermano y prójimo? Para descubrirlo nos bastaría leer en los evangelios todo lo que Jesús dijo e hizo. San Pablo lo condensa así: “La caridad (o amor) es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa; todo lo cree; todo lo espera; todo lo soporta” (I Cor. 13:4-7).

Puede ser que necesitemos mayor claridad, el asunto es muy importante. Acudo al obispo de Hipona, San Agustín, pidiéndole luz. Me responde con su habitual amabilidad:

“El cuerpo, por su propio peso, va a su centro. No precisamente hacia abajo, sino a su lugar propio... El peso mío es mi amor; por el peso de mi amor soy llevado adondequiera que voy... Bien se llama al amor pie del alma; cuando es malo, se llama codicia o libido; cuando es recto, dilección o caridad. Pues por el amor se mueve (el alma) como al lugar a donde se tiende. Y el lugar no es ningún espacio de forma corporal, sino el deleite, en donde se alegra de haber llegado por el amor” (*Confesiones*, XIII, IX:10; *Enarraciones sobre los Salmos*, IX:15).

Amor y sexualidad, diferentes niveles

Bien, ya sabemos de qué amor estamos hablando. Pero lo que más nos interesa ahora es la íntima asociación entre el amor y la sexualidad y los diferentes niveles manifestativos de la misma. Así como la persona humana se manifiesta a diversos niveles –físico, afectivo, volitivo, intelectual–, así también la sexualidad y el amor, enraizados en el mismo centro de la persona, conocerán diferentes manifestaciones.

La sexualidad es al amor como el cuerpo es al alma: forman una unidad distinguible. Y ambos se manifiestan según las diferentes posibilidades expresivas de la persona sexuada. Distingamos estos diferentes niveles con sus correspondientes formas de amor:

- *Caridad*: es la apertura del amor interpersonal al *amor divino* por el don del Espíritu Santo.
- *Filia*: representa el *amor interpersonal*. Podemos distinguir en él diferentes formas, cada una de las cuales con alguna característica particular.
 - Amor materno: su nota fundamental es la incondicionalidad y misericordia.
 - Amor paterno: por lo general es condicional y se basa en la verdad.
 - Amor fraterno: implica poder amar a todos los hombres, se plenifica en la amistad.
 - Amor de amistad: reclama igualdad, estima, afecto y valores compartidos.
- *Eros*: se refiere básicamente a los elementos psicológicos y sensibles del amor entre varón y mujer. Abre a una satisfacción infinita que no se puede conseguir acá y se desplaza en variadas

formas de amor espiritual: amor al arte, a la ciencia, etc. Es el vehículo del *amor erótico* y del *amor espiritual*.

- *Sexo*: alude más explícitamente a las notas somáticas y biológicas de la sexualidad, es decir, la genitalidad. Da lugar al *amor carnal*.

Ahora bien, por lo general, la energía personal y fuerza de amor, en el varón se encuentra más inclinada hacia el sexo y el amor carnal, mientras que en la mujer tiende más hacia el eros y el amor sensible o erótico. Puesto que el eros es el lazo de unión entre el amor carnal y el interpersonal, debemos decir que el amor está más unificado en la mujer que en el varón. La mujer identifica fácilmente su vida con el amor: ama para vivir y vive para amar.

No sé si alguna vez han comprobado que, ante la pregunta sobre la vocación, los chicos suelen decir: abogado, aviador, bombero...; por su parte, las chicas responden más vitalmente: casarme y tener hijos. De igual manera, la pregunta: ¿qué es el amor?, puede servir de test; las respuestas que yo he recibido por parte de los varones iban por esta línea: pasar un buen momento, acostarme con una chica...; por otro lado, las respuestas femeninas se movían en otra dimensión: sentirme querida, ser protegida, sentir ternura... Esta diferencia, cuando no es comprendida y asumida, está en la base de muchos equívocos y frustraciones.

Amor sexuado

No obstante, el hombre, varón y mujer, posee una sola fuerza y vivencia amorosa que repercute en todas las dimensiones de su ser. A esta única vivencia de amor podemos llamarla *amor sexuado*. Y un aspecto peculiar del amor sexuado consiste en el deseo sensible y sano del varón hacia la mujer y de ésta hacia aquél, complacencia en estar juntos e invitación a vivir el uno para el otro.

Y todos estamos llamados a amarnos como Jesús nos amó: con un amor total y de entrega, es decir, con un amor sexuado y oblativo (cf. Jn. 15:12-13; Ef. 5:25; Mt. 22:23-40). El amor sexuado de los casados incluirá la expresión del sexo y el amor carnal; los consagrados en virginidad o celibato hemos renunciado al amor carnal, pero esto no significa que amemos asexualmente o angélicamente.

El pudor, personalizador de la sexualidad

Les decía al inicio, al programar esta carta, que me atrevería a decir unas palabras sobre el *pudor*; ha llegado el momento de hacerlo.

No ignoro que el pudor está de baja en el mercado de valores contemporáneo. Muy posiblemente esta pobre cotización se deba a cierta reacción contra la mojigatería o temor obsesivo ante lo sexual que ha intentado ocupar falsamente el puesto debido al pudor. Pero la desvergüenza, que convierte al amor y a la sexualidad en objetos exhibidos y hasta comercializados, no es menos falsa que la otra aberración.

Acepto, claro está, que en el pudor hay bastante de relativo y convencional, que sus manifestaciones pueden variar según las épocas y los lugares. Un vestido, una postura, ciertas costumbres, son susceptibles de diferentes apreciaciones según se las juzgue en el ayer o en el hoy, aquí o allí. Pero, pese a todo, sostengo que el pudor es un sentimiento innato, connatural al hombre, el cual se convierte en virtud cristiana cuando se pone al servicio de la caridad.

La Sagrada Congregación para la Educación Católica nos enseña que el pudor es “una resistencia inconsciente a todo cuanto pueda descubrir en nosotros nuestro fondo instintivo; cuanto se hace consciente, tiende a excluir circunstancias y a frenar fantasías y comportamientos que empañan la dignidad espiritual del yo” (*Orientaciones sobre la educación para el celibato sacerdotal*, 45). Y los obispos catalanes, en su documento *Perspectiva cristiana del amor y de la*

sexualidad, nos dicen con mayor concisión: “El pudor es un instinto de defensa de los valores de la sexualidad equilibrada” (II).

Ya nos vamos dando cuenta que el pudor es un sentimiento ligado a la encarnación del espíritu, dice referencia a la soledad o intimidad personal inherente al amor y a la sexualidad. El pudor personaliza la conducta sexual humana; el impúdico vive el amor a la intemperie, corriendo así el riesgo de perder densidad y dignidad personal.

Aun peor, el impúdico capta al otro y desea ser captado en la materialidad de la carne, dejando de lado su misterio personal; al ofrecerse como mera corporeidad, renuncia a ser persona y acepta cosificarse. La falta de pudor quita fuerzas al deseo de alcanzar, más allá del cuerpo, la intimidad de la persona y sus riquezas.

Sin pudor no hay amor. En efecto, el amor se revela en la medida en que el pudor oculta la intimidad hasta el momento en que uno se siente amado y aceptado en totalidad, y no sólo por la atracción que despierta la hermosura o vigor de su cuerpo. Cuando hay amor, el pudor pierde su propia razón de ser y queda asumido e integrado en él.

En definitiva, si queremos ser castos hemos de ser púdicos, pues el pudor es el umbral de la castidad. Y si el pudor está descalificado ante nuestros ojos, tendremos que revalorarlo.

Pero sin dramas ni obsesiones, sino con realismo y sentido del humor, tal como nos lo enseñó con su ejemplo el papa Juan XXIII. Se cuenta de él que, siendo nuncio en París, fue invitado a un banquete. Sentada a su lado se encontraba una elegante dama con un vestido generosamente escotado. A la hora de la fruta, Monseñor Roncalli la invitó a servirse una manzana. Ante la sorpresa de la dama, Monseñor agregó: “Tómela, por favor; sólo después de comer la manzana cayó Eva en la cuenta de que estaba desnuda”.

Naturaleza de la castidad

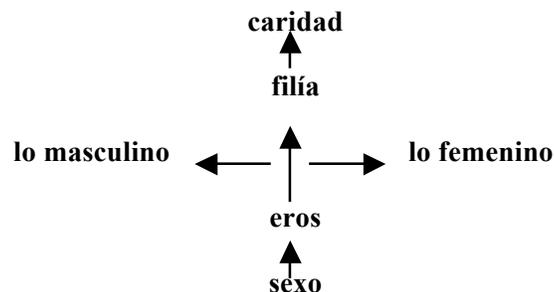
Y gracias al pudor hemos llegado ya a la *castidad*. Nos interesa saber tres cosas con respecto a ella: qué es, qué se le opone y cómo crecer en ella.

¿Qué es la castidad? Se suele responder: una virtud que modera los deseos genitales. Prefiero decir: un poder o fuerza que permite amar como personas sexuadas. Y amar personal y sexuadamente significa amar íntegra e integradoramente. La castidad ordena y configura las fuerzas de la sexualidad y del amor, poniéndolas al servicio de la relación, solidaridad y comunión.

Ser persona humana y cristiana exige un constante dominio y encauzamiento de los impulsos meramente instintivos y sexuales, demanda una impregnación de lo genital por lo erótico, reclama la expansión de ambos en el amor interpersonal y el coronamiento de todo este dinamismo por la caridad.

La castidad, por consiguiente, dice referencia a la integración y relación de la persona en cuanto sexuada.

Pero el esfuerzo integrador de la castidad se refiere no sólo a los diferentes niveles y manifestaciones de la sexualidad y del amor, sino también a la integración de lo masculino y lo femenino presentes en cada hombre-varón y en cada hombre-mujer. Volquemos esto en un simple gráfico que, a modo de símbolo, nos arroje más profundamente en la realidad:



Para que los conceptos y el gráfico no resulten abstracciones, conviene encarnarlos en modelos.

Todos conocemos personas castas. Ya hemos mencionado a María y José. Considero que Juan Pablo II ofrece asimismo un ejemplo elocuente: su capacidad de cantar al amor juvenil, de acoger a los niños, de besar a los novios, de entregarse apasionadamente a la Virgen, de perdonar a los enemigos..., son índices de una personalidad sexualmente integrada. ¿Y no era también casta aquella novia mexicana, a quien esperamos poder llamar algún día Santa Concepción Cabrera de Armida, que confesaba: “A mí, nunca me inquietó el noviazgo para ser menos de Dios. ¡Se me hacía tan fácil juntar las dos cosas! Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho, y al último, para dormirme, en la eucaristía que era mi delicia” (*Vida* I,71-74)?

La impureza, “obra de la carne”

Acerquémonos ahora a la castidad desde aquello que se le opone: la impureza, lujuria o libertinaje, que es todo lo mismo. San Pablo enumera este vicio entre las “obras de la carne” en oposición a los “frutos del Espíritu” (Gál. 5:19).

Pero, más vivencialmente, ¿qué es la impureza? Será ahora Pablo VI quien nos lo dirá. La impureza es el dominio de los instintos y de las pasiones del hombre animal sobre el hombre racional y moral; dominio que estimula, hechiza, exalta al primero, y que degrada y humilla al segundo.

Las consecuencias de la impureza son bien conocidas: miopía, insensibilidad y escepticismo ante las cosas espirituales; es decir, todo lo contrario de las consecuencias de la castidad: transparencia y fervor frente a todo lo divino (cf. Pablo VI, Catequesis del 13-IX-72; Homilía del 2-II-76).

La impureza ata, encadena y esclaviza; es estéril para lo bueno y fecundísima en vicios. Así lo testimonia San Agustín, recordando sus años mozos, cautivo y atormentado por la “costumbre de saciar la insaciable concupiscencia” y el “deseo del coito”, “prisionero de la enfermedad de la carne” (*Confesiones*, VI, XII: 21-33; VIII,VI:13).

Aquel pobre Agustín en su juventud había rogado a Dios, pero rogado mal: “Dame la castidad y la continencia, pero no ahora” (*Confesiones*, VIII:VII,17; cf. II,III:6; III,I:1-2; III,III:5). Pese a todo, también para él sonó la hora de la conversión liberadora y conoció la “casta dignidad de la continencia”, madre fecunda de hijos de gozo habidos de Dios, que es su Esposo (*Confesiones*, VIII,XI:26-27).

Medios prácticos para crecer en la castidad

Escuché decir una vez: a quien desea conocer para vivir le basta una palabra, pero al que vive para conocer no le bastan mil. No sé si las palabras que seguirán serán cien o diez mil, pero sí sé que son para ser vividas. Les comparto algunos *medios prácticos* que me han ayudado para crecer en castidad y, consecuentemente, en integración personal.

Ante todo y sobre todo, relación asidua y entrañable con Jesús, María y José; recepción diaria del sacramento de la eucaristía y recurso periódico al sacramento de la reconciliación.

En segundo lugar, pero no detrás, sino junto a lo primero, todo aquello que nos ayuda a elevar nuestra energía vital a fin de vivificar las otras dimensiones de nuestro ser personal sexuado. Para ser bien concretos:

- *Respeto* por el prójimo, sobre todo por el otro diferentemente sexuado. Quien respeta al prójimo, lo trata como a un tú y no como un simple alguien o algo, objeto de gratificación y uso. La persona respetuosa considera la genitalidad como una manifestación de toda la persona; no se identifica a sí misma ni a los demás con partes del cuerpo..., sino que considera las partes

como expresiones de la totalidad del ser. El que se respeta y respeta a los demás, favorece su propia integración y la de los otros. El respeto es el hijo mayor del pudor.

- *Amistad* y comunión con personas y grupos que comparten el valor de la castidad. En esto, como en otras cosas, se cumple al pie de la letra el dicho: “Dime con quien andas y te diré quien eres”. Un clima de relaciones verdaderamente interpersonales ayuda a personalizar y a integrar todo en el ámbito de la persona.
- *Creatividad* en nuestras acciones y trabajos. Quien obra creativamente se aplica con gusto a lo que hace, coopera con otros y busca nuevas realidades para servir mejor al prójimo.
- *Negación* de gratificaciones inmediatas y pasajeras a fin de alcanzar bienes más permanentes. Esta negación no es represión: se trata de un no basado en un sí más fundamental e implica una decisión libre; es decir, a sabiendas y queriendo.

En fin, no hace falta abundar. Cuanto mejor se comprenda la necesaria función de la castidad para una vida auténticamente personal y humana, tanto mejor se percibirá, “por una especie de instinto espiritual, lo que ella exige y aconseja” (*Persona humana*, 12).

Había quedado en escribirles sobre la castidad; lo he hecho. El Espíritu y María les dirán lo que falta. Lo dicho y por decir vale para todos: la castidad es una virtud extra o prematrimonial, matrimonial y celibataria. Ayudémonos mutuamente, casados, solteros, vírgenes y célibes.

Todo y siempre en María de San José.

Bernardo